

El señor Madinier concluyó por bajar con el tabernero.

Oyóseles discutir. Luego, pasada media hora, volvió á subir el cartonero; había zanjado la cuestión dando tres francos.

Pero los concurrentes continuaron incomodados, insistiendo sin cesar sobre la cuestión de los suplementos. Y la zambra se acrecentó con un acto de vigor de la señora Boche, que, vigilando constantemente á su marido, le vió en un rincón pellizcando el talle á la señora Lerat, y bruscamente le lanzó una botella que fué á estrellarse en la pared.

—Bien se ve que vuestro marido es sastre—dijo la viuda mordiendo los labios, con malicia.—Es una notabilidad para hacer corpiños... Sin embargo, buenos puntapiés le he largado por debajo de la mesa.

La fiesta se había agitado. El disgusto iba creciendo.

El señor Madinier propuso cantar, mas Bibi-la Grilade, que tenía buena voz, acababa de eclipsarse, y la señorita Remanjou, que estaba apoyada de codos en una ventana, le vió en el patio, debajo de las acacias, bailando con una mocetona sin gorro ni pañuelo en la cabeza.

El cornetín y los dos violines tocaban el «Marchand de moutard», un rigodón cuya «pastourelle» (1) se acompañaba con las palmas de las manos.

Entonces hubo un desfile completo en la sala del festín. Mes-Bottes y la pareja Gaudron bajaron, no tardando en seguirles Boche.

Desde las ventanas veíase á las parejas dando vueltas, á través de las hojas, á las que los farolillos colgados de las ramas prestaban un color verde subido, parecido al de las decoraciones de un teatro.

La noche dormía sin un soplo, aletargada por el gran calor.

En la sala habíase empeñado una discusión formal entre Lorilleux y el señor Madinier, mientras que las señoras, no sabiendo cómo desahogar su cólera, exa-

(1) Sabido es que la *quadrille*, que conserva el nombre de su autor *Rigaudon*, se divide en cinco partes, cada una de las cuales lleva un nombre alusivo á las «figuras» de que se componía. *Pantalón* es el nombre de la primera; el de la segunda *Élé*; *Poule* el de la tercera; *Pastourelle* el de la cuarta, y el de la quinta *Final*. (N. del T.)

minaban sus vestidos, buscando si les había caído alguna mancha.

Los flecos de la señora Lerat debían haberse empapado de café. La bata de la señora Fauconnier estaba llena de salsa. El chal verde de mamá Coupeau, que cayera al suelo desde una silla, acababan de hallarlo en un rincón, estrujado y pisoteado.

Pero quien de ningún modo encontraba desahogo á su cólera era la señora Lorilleux. Tenía una mancha en la espalda; por más que la jurasen que no, la sentía. Y acabó inclinándose delante de un espejo, para mirarla.

—¿No lo decía yo?—gritó.—La salsa del pollo. El mozo pagará el vestido, aunque sea preciso llevarle á los tribunales... ¡Ah! ¡completo día ha sido éste!... ¡Mucho mejor hubiera hecho en acostarme! Me voy inmediatamente... ¡Cargada estoy ya de su maldita boda!

Y partió furiosa, haciendo retemblar la escalera á los golpes de sus tacones.

Lorilleux corrió tras ella; pero todo lo que pudo obtener fué que esperaría cinco minutos en la acera para marcharse juntos. Debieron irse después de la lluvia, como tuvo intención. Ya la pagaría Coupeau aquel día.

Cuando el plomero supo que estaba tan irritada, consternóse profundamente; y Gervasia, á fin de evitar desazones, accedió á marcharse en seguida á casa.

Despidiéronse con precipitación. El señor Madinier se encargó de acompañar á mamá Coupeau. La señora Boche, por aquella primera noche de bodas, debía llevarse á dormir á su casa á Claudio y á Esteban; su madre podía estar tranquila; los niños dormían sobre unas sillas amodorrados por una penosa digestión de huevos moles.

Por último, los recién casados se marchaban con Lorilleux, dejando á todos los demás en la taberna, cuando se empeñó una batalla en el baile entre algunos concurrentes á la boda y otros extraños; Boche y Mes-Bottes, que habían abrazado á una señora, no querían devolverla á dos militares que la acompañaban, y amenazaban arremeter contra todos los

presentes, en medio del furioso estrépito del cornetín y de los dos violines tocando la polka de «Las perlas».

Eran cerca de las once. En el bulevar de la Chapelle y en todo el barrio de la Goutte d'Or, la paga de la quincena que caía aquel sábado, producía una batahola enorme de borracheras.

La señora Lorilleux aguardaba, á veinte pasos del «Moulin d'Argent», de pie junto á un farol.

Tomó del brazo á Lorilleux y empezó á andar sin ver la cabeza, con paso tan ligero, que Gervasia y Coupeau se sofocaban para seguirles.

De vez en cuando se bajaban para hacer sitio á algún borracho tendido allí cuan largo era.

Lorilleux se volvió, deseando arreglar las cosas algún tanto.

—Os acompañaremos hasta vuestra puerta—dijo.

Mas la señora Lorilleux, alzando la voz, encontraba chusco aquello de pasar la noche en el infecto tabuco del hotel Boncoeur. ¿No les hubiera valido más aplazar el casamiento, ahorrar cuatro sueldos y comprar unos muebles para poder decir desde la primera noche, que entran en su casa? ¡Ah! ¡qué bien que iban á estar, bajo las tejas, hacinados los dos en un cuartucho de diez francos, donde ni siquiera había aire para respirar.

—He dejado mi cuarto; no viviremos arribá—objetó Coupeau tímidamente.—Nos quedamos en el cuarto de Gervasia, que es mayor.

La señora Lorilleux cediendo á un arrebató, volvióse bruscamente:

—¡Otra te pego!—exclamó.—¡Conque vas á dormir en el cuarto de la Banbán!

Gervasia se puso pálida. Este epíteto, que recibía en plena faz por vez primera, le causó el efecto de una bofetada. Y luego, comprendía perfectamente la exclamación de su cuñada: el cuarto de la Banbán era el cuarto donde había vivido un mes con Lantier, donde todavía se arrastraban los girones de su aperrada vida. Coupeau no lo entendió; solamente le hizo daño el mote.

—Haces mal bautizando á los demás—respondió con mal humor.—¿No sabes que á ti, en el barrio, te lla-

man «Cola de vaca», á causa de tu moño? No te hace gracia ese ¿verdad?... ¿Por qué no hemos de quedarnos con el cuarto del primer piso? Esta noche no duermen allí los muchachos y estaremos perfectamente.

La señora Lorilleux nada añadió, encerrándose en su dignidad horriblemente ajada al oírse llamar «Cola de vaca».

Coupeau, para consolar á Gervasia, la estrechaba dulcemente el brazo; y hasta logró alegrarla diciéndola que empezaban á constituir familia con la suma de siete sueldos por capital, tres monedas de dos sueldos y otra de un sueldo, las cuales hacía sonar en el fondo del bolsillo de su pantalón.

Llegados al hotel Boncoeur, despidiéronse con aire mohino. Y en el momento en que Coupeau empujaba á las dos mujeres una contra otra para que se abrazasen, tratándolas de necias, un borracho, que parecía querer pasar á la derecha, sufriendo un brusco vaivén á la izquierda, se interpuso entre ellas.

—¡Toma! ¡es el tío Bazouge!—dijoo Lorilleux.—Por lo visto habrá empinado bien.

Azorada Gervasia, refugióse contra la puerta del hotel. El tío Bazouge, sepulturero, de unos cincuenta años de edad, llevaba el pantalón negro manchado de barro, la negra capa abrochada sobre el hombro y su sombrero de cuero negro abollado, aplastado en algún tumbo.

—No temáis, no es malo—continuaba Lorilleux.—Es un vecino; ocupa el tercer cuarto del corredor, antes de llegar al nuestro... ¡Buena se armaría si su administración le viese en tal estado!

Entre tanto al tío Bazouge le ofuscaba el terror de la joven.

—Y bien ¿qué hay de particular?—tartamudeó.—A nadie nos comemos en nuestro oficio... Yo valgo tanto como otro cualquiera, hija mía... ¡Verdad es que he echado un trago!... Cuando el trabajo es productivo, hay que dar sebo á las ruedas. Ni vos ni ninguno de los que os acompañan hubierais bajado el caballero particular de seiscientas libras que hemos llevado entre dos desde el piso cuarto hasta la calle, y esto sin

la menor fractura... A mí me agrada la gente alegre. Pero Gervasia se incrustaba cada vez más en el ángulo de la puerta, presa de un deseo de llorar tan grande, que destruyó el apacible gozo que había experimentado durante el día. No pensaba en abrazar á su cuñada y suplicaba á Coupeau que alejase de allí aquel borracho. Entonces Bazouge, tambaleándose, hizo un gesto de filosófico desdén.

—Esto os impedirá que algún día paséis por mis manos, niña mía... y os daréis por muy contenta si pasáis... Sí, mujeres conozco, y no pocas, que dirían: «mil gracias» si nos las llevásemos...

Y como quiera que los Lorilleux se decidían á llevarse con ellos, volvióse, y balbuceó una postrera frase entre dos hipos:

—Cuando uno se muere... sabédlo bien... cuando uno se muere, es para mucho tiempo.

IV

Transcurrieron cuatro años de penoso trabajo. En el barrio, Gervasia y Coupeau eran considerados como un buen matrimonio, vivían retirados, sin querellas, y sólo se permitían dar un paseito los domingos hacia Saint-Ouen. La mujer trabajaba doce horas al día en casa de la señora Fauconnier, y encontraba tiempo además para mantener su habitación limpia como una plata y arreglar la comida á toda su gente, mañana y tarde. El marido no se emborrachaba, traía á casa la paga de sus quincenas y fumaba una pipa en la ventana antes de acostarse, tomando el fresco. Se les citaba como modelos. Y en atención á que ganaban entre los dos cerca de nueve francos al día, calculábase que debían juntar bastantes ahorritos.

Pero, al principio sobre todo, fuéles preciso trabajar de lo lindo para juntar un cabo con otro. Su boda les había producido una deuda de doscientos francos. Además, no se hallaban á su gusto en el hotel Boncoeur; encontrábanlo repugnante y mal frecuentado, y anhelaban poder vivir en su casa, con muebles propios, que cuidarían mucho.

Veinte veces calcularon la cantidad que la realización de su sueño importaría; necesitaban, en números redondos, trescientos cincuenta francos, si querían des-

de un principio tener donde guardar sus vestidos, y una cácerola y una sartén á mano para cuando de ello hubiesen menester. Desesperaban de ahorrar una suma tan crecida en menos de dos años, cuando la fortuna les dirigió una sonrisa; un anciano, señor de Plassans, les pidió á Claudio, el mayor de los chicos, para ponerle en el colegio del pueblo; rasgo generoso de un hombre original, aficionado á cuadros, á quien había llamado vivamente la atención un álbum de dibujos perfilados antaño por el muchacho. Claudio les costaba ya los ojos de la cara. Cuando no tuvieron á su cargo más que á Esteban, el menor, ahorraron los trescientos cincuenta francos en siete meses y medio.

El día en que compraron sus muebles en una prendería de la calle de Belhomme, dieron, antes de volver á casa, un paseo por los bulevares exteriores, henchido de inmenso gozo el corazón. Tenían una cama, una mesita de noche, una cómoda con tablero de mármol, un armario, una mesa redonda con su tapete de hule y seis sillas, todo de caoba, sin contar los colchones, la ropa blanca y los utensilios de cocina casi nuevos. Este paso era para ellos como una entrada definitiva y formal en la vida, algo que, haciéndoles propietarios, les daba cierta importancia entre las gentes acomodadas del barrio.

Desde hacía dos meses, preocupábales la elección de una nueva habitación. Al principio querían tomar cuarto en la casa grande de la calle de la Goutte d'Or; mas ninguno había vacante, y hubieron de renunciar á su antiguo ensueño. A decir verdad, no lo sintió en el fondo Gervasia; la vecindad de los Lorilleux, puerta á puerta, la espantaba mucho.

Pusiéronse, pues, á buscar por otro lado. Coupeau, muy acertadamente, tenía empeño en no alejarse de la tienda de la señora Fauconnier á fin de que Gervasia pudiese estar de un salto en su casa, siempre que fuese necesario. Y por último hallaron una proporción, un cuarto muy capaz, con gabinete y cocina, calle Neuve de la Goutte d'Or, casi enfrente de la planchadora.

Era una casita de un solo piso, de escalera angosta, en lo alto de la cual sólo había dos cuartos, uno á